

EL OBRERO y su importancia

(Concluye)

¡ Si la generalidad de los artesanos estuviera convencida del envidiable mérito que representa ejercer un oficio! ¡ Si todos supieran medir la grandeza que imprime la fecunda actividad á los que pasan las horas hábiles del día en la ocupación que les proporciona alimento y vestido á ellos y á sus familias! ¡ Cómo les serían menos duros los aprietos y por suculentos manjares tendrían las escasas menestras que componen su obligada dieta!

Según avanzan los pueblos, asignan al obrero el puesto que en justicia le corresponde.

Inglaterra, el país democrático por excelencia, á pesar de ser una monarquía, demostró no hace mucho que sabe valorar á los hombres por los méritos y no por el nacimiento y las influencias. El primer Ministro de Australia, una de las colonias inglesas más importantes, es Andrew Fisher, el que, de jornalero en una mina de carbón, y gracias á sus dotes de inteligencia, probidad y energía, ha llegado á tan elevada posición. Y en estos tiempos en que tantos medran al amparo de protecciones indecorosas y otros medios más ó menos censurables, es consolador saber que hay países en los que se toman en cuenta las cualidades y aptitudes de los que no presentan más credenciales que las espléndidas enseñanzas de una existencia de laboriosa contracción.

El obrero, señores, es una de las más sólidas columnas del edificio social. Doquiera tornemos la vista se encuentra su eficaz concurso. Él levanta las viviendas que nos brindan abrigo; construye los muebles que nos dan comodidad; moldea el hierro en el yunque; al golpe creador del martillo; da forma á la madera con sus hábiles dedos de artífice, y, lo mismo en lo alto del andamio, en el que su blusa ondea al viento como soberbia bandera de la causa del progreso y su canción, acompañada por el alegre repiquetear de la llana, se eleva al cielo cual oración magnífica, que en el banco del taller ó junto á una de esas máquinas con que la industria moderna centuplica el rendimiento, es necesario de toda necesidad. Este edificio en el cual estamos congregados, los útiles y adornos que nos rodean, la tribuna desde la que os dirijo la palabra, han salido de las manos del obrero, ¡ manos benditas, porque ofician en el templo sacrosanto del trabajo!

¡ Ah! señores, permitidme un ligero rasgo de vanidad, dejadme que os recuerde que quien os habla es un obrero, uno que ostenta como blason el descender de humildes artesanos, porque la verdadera nobleza no está, nó, en el brillo de la cuna, sino en el cumplimiento del deber, que ha de ser norma de todos nuestros actos.

Cuando en las primeras horas de la mañana veo pasar los grupos de obreros que se encaminan afanosos á sus ocupaciones ó cuando regresan por la tarde á sus hogares, experimento profunda simpatía por esos buenos ciudadanos que cumplen honradamente su misión, que sirven mejor á la Patria que tantos como se llaman á boca llena patriotas desinteresados y no alientan otro propósito que vivir del presupuesto.

La máxima de Benjamín Franklin se impone con la fuerza de lo incontrastable. Pasaron, afortunadamente, los tiempos en que corrían amonedados el aboleo y la posición. Hoy impera sin disputa el trabajo, potencia milagrosa que permite al hombre levantarse muy alto y merecer el dictado de rey de la Creación.

De aquí que la personalidad del obrero se destaque con notable relieve en la sociedad, de la que es uno de los principales factores. Á ese campeón que libra á diario las incruentas batallas, aquellas por las que se engraden los países, se deben las conquistas luminosas que marcan la marcha de avance de las colectividades. Él, quien ara la tierra, coloca la simiente en el surco y vela afanoso el brote; quien baja al fondo de las minas á extraer el oro, que lo mismo sirve para la práctica del bien que para la del mal, ó el carbón, nervio vital de la industria; quien mueve la triunfal locomotora y el majestuoso

trasatlántico, quien vence la selva virgen y levanta las ciudades y alinea esos minúsculos soldados de Minerva, hijos de Güttemberg, que dan multiplicidad y duración á la idea; es, en fin, el eje de ese movimiento generador de energías que se traduce en las innumerables manifestaciones de las que se muestran ufanos los países más adelantados del Orbe.

Si no fuera por el obrero, ni el sabio tendría el telescopio para lo infinitamente grande ni el microscopio para lo infinitamente pequeño, ni las industrias contarían con los artefactos que les dan vida, ni florecerían los pueblos, ni la humanidad podría vanagloriarse de las espléndidas victorias que son la más alta presea.

¡ Los artesanos! ¡ Legión meritisima á la que debe la sociedad cuanto vale y cuanto posee! Soldados beneméritos de la cruzada del trabajo, genuinos adalides del progreso, su campo de acción es tan extenso como el mundo. Preguntadle al hombre de ciencia quien construye los aparatos que le son tan útiles en sus investigaciones y experimentos; preguntadle al pintor quien le suministra los pinceles y la paleta que le permiten remontarse en alas de la inspiración y expresar sus concepciones en el bellissimo lenguaje de los colores; acercaos al escultor é inquirid de él á quien debe el duro bloque, el cincel y el martillo, soberbia trilogía de la que su arte hace brotar los destellos de la Belleza; averigüad del músico quien le ha puesto en posesión de esos instrumentos prodigiosos que bajo sus dedos parecen adquirir alma, y nos transportan á las regiones azules del ensueño; haced lo mismo con el comerciante y el industrial y todos, á una voz, responderán: "¡ el obrero!" El obrero, señores, piedra angular del alcázar portentoso de la civilización, alma del trabajo, de la prosperidad y el engrandecimiento de las naciones.

No hay, no puede haber, un miembro de la colectividad de más necesaria importancia que éste, al que le corresponde lugar prominente en el desenvolvimiento progresivo de la humanidad.

Vosotros, los que pertenecéis á esa falange cuyos triunfos no han dejado regueros de sangre, ni viudas, ni huérfanos, ni han servido para ahogar la Libertad, vosotros, os digo, enorgulleceos de ser piezas integrantes de ese mecanismo que da movimiento á las naciones, y gracias al cual éstas marchan sin tropiezos á la cima desde la que irradian sobre las demás los destellos del ejemplo, fuente de la emulación, que es fuerza fecunda.

Ya que con tan benévola atención me habéis seguido hasta aquí, permitidme que de nuevo tenga frases laudatorias para el obrero, pero, fijado bien en vuestra mente, para el que hace un culto de la honradez y, abroquelado en el cumplimiento del deber y la tranquilidad de la conciencia, desempeña cabalmente su alta misión civilizadora y es halagüeña promesa para el porvenir de esta Patria, enclavada en el lecho de cenizas de sus crueles dolores por las numerosas y gravísimas culpas de sus hijos.....

SEÑORES:

Gravad bien en vuestro recuerdo la máxima de Franklin, sea vuestro lema esta frase consoladora y de grandes alientos para el que trabaja: *Vale más un obrero de pies, que un noble de rodillas.*

In sólídum

Decorramos el velo; y sin tapujos, con la nitidez del sano principio, demos campo, por entero, á la verdad sin mácula de nuestras lucubraciones.

Qué hermoso despertar fué para el obrero, la reorganización de la Sociedad; con cuánta energía, con tanto afán se movía de aquí y de allá, al contemplar que el ligero remusgo de la esperanza, jugaba en su frente, y que la pesada bruma de la indiferencia, se desvanecía, cual sutil neblina, al contemplar el nuevo horizonte de mejores aventuras; cómo, el espíritu parecía despertar de un letargo en que yacía y se encaminaba por ese trayecto soñado: pero, ¡ oh desilusión! El frío de la indiferencia cunde y el

viento que sopla de esperanzas sólo acumulaba nieves de fantasía, é indolentes goces de mera política social.

Quién hubiera creído, que la diáfana luz de aquel crepúsculo, orlaba ya en nuestras frentes, al contemplarlo, el amargo presagio del desbande que marcó ya el tenaz quebranto!

Vivimos abrumados por la apatía; acariciado nuestro ser por el aleteo fútil,—pero que fustiga,—de la indiferencia, y aun así no sabemos sobreponernos.

El problema de solidaridad obrera, es una intuición fácil de resolver y plantear, pero la indiferencia con que menguadamente miran tan provechosa labor los ignaros y los que viven del halago de la fortuna; que no miran hacia el porvenir á través de los años, que no se compadecen quizá, al clamor del necesitado, viene á hacer imposible y penoso todo esfuerzo que en pro de unificación se haga.

Continuamente y con amargo pesar veo, la indiferencia del obrero, hacia la magna obra de solidaridad.

Al principio de nuestros ideales soñábamos, que,—cual gigante ola humana,—ese poderoso núcleo invadiría á diario; nuestros salones y aun se creyó, poco amplio, el recinto de la Sociedad, para abrigar y confundir en su seno, á esa masa humana, sedienta de provechosa iniciativa; pero... la saeta punzadora de los desengaños, viene á arrebatarlos esa suave muelle de las ilusiones.

¡ Cuán amargo es contemplar la traidora calma; vano empeño es el nuestro.

Y si sólo para expandirse en diversiones; si sólo para vivir en aras del deleite erótico y del dulce arpegio de la música, tenemos espaciosos salones y no para encaminarnos hacia el IDEAL; si sólo para contaminarse con el juego y poco á poco prostituir el alma joven,—llamada á levantarse,—con el mal ejemplo, es que se organizan Centros, debemos á dura pena renunciar de la lujosa estancia y buscar para nuestro Centro, libre de esa carcama, una modesta vivienda. Ya hemos visto desaparecer los afanes, al tronchar las viciadas plantas; tornarse en lobreguez lo que antes era bulliciosa animación, al cortar la carcama que encaminaba nuestro recinto á confundirse en un garito.

Parecerán duras mis palabras, pero encierran nítidos destellos.

Duro es para muchos, contribuir con el pequeño óbolo que exige el reglamento de la Sociedad, para fondo común y para gastos, é incautos no miran que las fiestas á menudo y el juego de baja escala y tolerante los explota sin compasión.

Y al interrogar á tantos indiferentes para con nuestras aspiraciones, sobre cuál es el motivo de su apatía, nos señalan la falta de libros y revistas en la Sociedad, para alimentar el cerebro; y porqué no acudea á la Biblioteca Nacional, que tanto nos cuesta y donde hay tanto volumen que leer?

Vergüenza es confesar, que la mayor parte de los artesanos, que tanto pululan las calles en la noche, sin ningún provecho, no conocen el interior siquiera de ese templo, donde viven los sanos pensamientos, las grandes creaciones de miles de cerebros, para dar al mundo y al ignorante, la luz del saber.

Yo le aconsejaría á la Directiva de la Sociedad, renunciar á esos lujos; que más tarde, si es que desaparecieran las desavenencias; cuando los celajes del descontento y la negra apatía que trata de obstar nuestras sanas doctrinas, se desvanezcan y la reacción aparezca en nuestros corazones;

y que antes que nuestros ayes se condensen en acibar, nos unamos, entonces, como las columnas de humo que erguidas se levantan, podamos sobreponernos ante la bancarrota, y dormir satisfechos y confiados, al palpar las caricias de ese grato porvenir que señala la SOLIDARIDAD.

M. A. FALLAS

San José, junio 10 de 1912.

NEBULOSAS

(Continuación)

Molestaré de nuevo á mis estimados lectores, muy á mi pesar, en la confianza de su indulgencia, pues es imposible permanecer indiferente ante las sensaciones de pesar, que embarca el corazón; obediente á su dictamen, iracundo ante todo lo vituperable, lanzo estos párrafos, tal vez como quien predica en desierto, mirados siempre por la inconsecuencia de los jayanes, como volúmen sin objeto; como superfluidades.

Ellos, los constantes apasionados de su *ídolo*, no hacen más que dilacerar los sanos principios de lo noble, de lo desinteresado; en una palabra, de la sinceridad y la honradez.

Nosotros no arribamos á la mansión presidencial, como los mendigos de prebendas, á implorar con su clamor, un pan que se usurpa; nó, nosotros queremos, ante el altar de la Justicia, la igualdad en ciertos actos, y el acatamiento.

Tenemos Empresas Nacionales, y queremos que sean sólo ocupadas por hijos del país. Nuestros lectores tendrán presente, que hace algún tiempo anoté en este semanario, ciertos atropellos de que era víctima el trabajador en cierta Empresa, y aun viven mis anotaciones en el laberinto de las demás, arruyadas al amor del olvido.

Si registramos los actos en los Gobiernos, donde sólo sinsabores encontramos los obreros, podemos apreciar en su magnitud, una odiosa continuación del antecesor, y viene á ser el empleo de la primera magistratura, algo así, como obvención precaria.

Por eso no sabemos los obreros inmiscuirnos en esa carcama.

El invicto, que no se doblega ante el desliz del mezquino interés, porque sabe empuñar la herramienta de la labor, no debe confundirse ni dejar atar su sana opinión, con ese dogal,—la Política—en que se atan los incautos. Debemos comprender, que aquéllos que hacen alarde de patriotismo con sus prédicas populacheras, no hacen más que involucrar, tanto al activo pensador, como al obscuro ignaro, y luego explotar su buena voluntad.

No muy lejos está el día, de reintegrar nuestros derechos; comenzaremos á ver despuntar dentro la pesada bruma de la apatía, el alba de la realidad; en los albores de un nuevo horizonte, cuya lumbre hace más claro el trayecto, debemos luchar, con la vital energía propia de nuestro carácter y de nuestro temple, á forjar ante la majestad de la justicia, la pica fuerte, el barrero, que al talar la roca hace saltar la chispa, que venga á hacer luz ante el obscurantismo amenazante, que todo cubre, bajo las sombras de la impunidad.

El caos del porvenir ingrato, no siempre es nuestra desventurada estrella; empezamos ya, á aspirar la plácida atmósfera de las ilusiones y de la esperanza; hagamos derroche de sus galas!

Yo sé que en todos los actos de la vida, existen los contrastes y los amar-